

EL SALER

Y SU PARADOR

*“...vergel poblado de ruiseñores,
pomo de esencia,
jarrón de flores,
eso, señores,
es Valencia*

Zorrilla

V El visitante que llegue a este Parador debe considerar que, cuando los primerísimos abuelos, aquellos valencianos andaban en tribus de suficientes y conformes vivires con la caza y la pesca siempre abundantes. Milenios atrás, estos paisanos sabían practicar las técnicas del ojojeo y cazaban con trampas y lazos.

Ya en el Neolítico aquellos primitivos valencianos hicieron su primera revolución: Aprendieron a domesticar plantas y animales: Nació la agricultura y, un poco, el urbanismo. Se construyeron poblados con humildes viviendas de cañas y barro, predecesoras de tantas otras. Luego, se llamarían barracas..., inmortalizadas por Blasco Ibáñez.

Valencia, según sabios historiadores, sería fundada por mercaderes fenicios a la orilla del Tiris que luego sería Turia. No fue nada fácil para las romanas legiones la conquista de la Sagunto heroica. En aquellos primeros años de la Historia se perfeccionan la construcción naval y la navegación. A la vez, se introducen los primeros sistemas de riego: nacen las huertas. Los godos no encontraron adecuada hospitalidad en estas tierras, que continuarían respirando aires de romanización.

Pronto llegarían los moros. Así nacería, de verdad, Valencia. La Valencia de hoy casi: la Valencia del todo. Y así, durante nueve siglos, las gentes de esta tierra trabajaron, vistieron y bebieron en cuerpos y almas árabes hasta los tuétanos. Incluso tan cristianos monarcas como Alfonso II, de Aragón y Enrique IV de Castilla vestían ternos musulmanes. Pedro I de Aragón sólo sabía o quería firmar en árabe.

Siglos salpicados de guerras y guerrillas entre infieles y cristianos; de cristianos contra cristianos y de moros contra moros. Pero serían tiempos, sobre todo, de tolerancia y convivencia de nobles bastardías. Además de hijos, los avecinados musulmanes dejaron tanto aquí que vistieron con nombres y colores estos pueblos. Hicieron de estas tierras lo que son. Enseñaron los secretos de las ciencias y las artes. Inventaron la huerta valenciana, envidiados jardines por vecinos y extranjeros.

Tras la caída de Almanzor, la ciudad es un poderoso reino taifa hasta que, de nuevo, cae bajo la mágica tizona del Cid, valeroso y mítico mercenario; la convierte en tributaria del rey aragonés Alfonso el Casto a comienzos del siglo XII.

Un siglo después aparece por estas tierras Jaime I con afanes y desmanes de conquista. Hizo don Jaime un “repartiment” de las tierras y ciudades equilibrador y “democrático” con claro beneficio para las clases populares. Promulgó los fueros de Valencia.

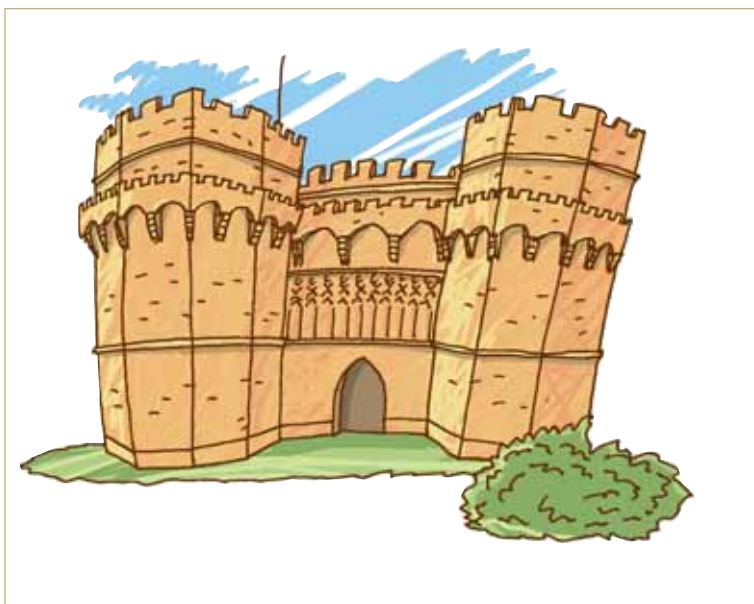
Con la llegada de estos tiempos alcanzaría esta sorprendente ciudad su casi definida fisonomía: se estaba dibujando el perfil más firme del actual pueblo valenciano; con una nueva y afirmada sociología y lengua propia, diferenciadora y peculiar. Se perfilarían también unas claras



acotaciones urbanístico-raciales-religiosas: los judíos fueron “*asentados*” en los alrededores de la calle de La Mar. Las morerías que tuvieran la fortuna o las artes y argucias de permanecer tras la llamada Reconquista resultaron recogidas en los perímetros del actual mercado de Mosen Sorell. En las cercanías del que fuera el artesanal barrio del Carmen.

Desde los amaneceres del siglo xv conocería la ciudad prolongados y deslumbrantes esplendores artísticos, culturales y económicos. Se crearía la poderosa “*Taula de Canvis*”, una especie de Caja de Ahorros regional y autonómica. La industria alcanzó muy notables progresos: Las manufacturas textiles valencianas convocaron importantes comerciantes de las más ricas Europas.

Por los mismos entonces se diseñan numerosas de las edificaciones más señeras de la ciudad: las torres de Serrans, la Lonja, el Micalet... Se vienen a esponjar los gustos italianizantes y flamencos en notables obras escultóricas y pictóricas.



Alcanzarían también aquí los tenebrosos tiempos de la Santísima Inquisición: Tanto y tan intenso llegó a ser el clima de terror que alcanzó incluso a tan destacados intelectuales como el judaizante humanista Luis Vives. Con todo, Valencia siempre ha venido mostrando y demostrando hacer de la desgracia virtud: llegado el siglo xviii alcanza renovados esplendores con las manufacturas de la seda o las artesanías azulejeras todavía hoy golosas y envidiosas. El barrio de los sederos (“*velluters*”) llegó a contar con cerca de 30.000 operarios.

Además, serían estos tiempos conocidos, también, como el glorioso y glorificado Siglo de Las Luces, gracias a la ósmosis de los afrancesados pero benéficos aires. Fue muy feraz la cosecha obtenida por aquellos sorprendentes modernismos. Como la Sociedad Económica de Amigos del

País, capaz de permeabilizar decisivos progresos y adelantos prácticos para industrias y culturas.

Repartirían las decimonónicas décadas insospechadas tempestades y bonanzas tampoco previsibles: invasiones napoleónicas, enseguida rechazadas por todos estos celtiberos paisajes; las Cortes de Cádiz con feliz parto e irreversible precedente de una incipiente y tambaleante

Constitución. Con la consecuente, discutida y discutible Desamortización de los incontables bienes eclesiásticos, que cambiarían de manos “*piadosas*” a bien claras y burguesas fortunas.

Tiempos ya indefectiblemente dramáticos de desmanes y contradicciones; de ideologías revolucionarias y de permanentes involuciones represivas... llegará la ascensión de la Primera República. Por entonces surgió por estos levantinos paisajes la Rebelión Cantonalista, instantáneamente abortada por las tropas del General Martínez Campos... Y el arrollador republicanismismo de Blasco Ibáñez, líder democrático de esos intensos

tiempos.

A lo último del XIX inundaron esta ciudad unos raros aires constructivos –luego llamados urbanismos– modernistas. En realidad resultó ser una sociología urbana capaz de imponer modos y modas de hacer estéticas; de pensamientos e ideologías por entonces de imposibles imaginaciones. Invadió –fertilizó– el modernismo todo el País Valencià, Murcia incluida; Cataluña más; pero no sólo: que también plazas más humildes (Zamora, Palencia, Toro...)

Goce el afortunado forastero de las muy numerosas y muy valiosas muestras de las que todavía hoy puede presumir la eterna ciudad del Turia.

ENTRE EL MAR Y LA ALBUFERA

*“Galicia, luna dormida.
Valencia, luna despierta.
Luna con las manos juntas.
Luna de brazos abiertos.
Galicia cierra los ojos.
Valencia los lleva abiertos.
Vagas nieblas del Atlántico.
Azul de Mediterráneo.”*

Blas de Otero

A un tiro de piedra de la Valencia de las Fallas, las fiestas más universales de España, se alza el único establecimiento de la red de Paradores emplazado entre el mar Mediterráneo y La Albufera.



El milagro de poder proporcionar al huésped del que, con razón, presume de ser uno de los mejores campos de golf del mundo, obedece a que en la década de los años sesenta Javier Arana; "el maestro" de entre los diseñadores de campos de golf, paseando por el Saler con su intuición de experto lo imaginó, lo soñó, y posteriormente lo realizó: Su sabia actuación se basó en el escrupuloso deseo de respetar el entorno, el paisaje originario y las especies vegetaciones autóctonas.

Junto a ese mágico campo de golf se construyó, simultáneamente, el Parador Luis Vives. El establecimiento propicia un ambiente de alegría y actividad compartida, de la camaradería que se crea con una ilusión común: el deporte, el golf.

Los huéspedes hablan acaloradamente sobre el golf; hacen valoraciones y comentarios acerca de este campo de par 72 "...Los 'green fees' presentan dificultades, son enormes..." "... y las calles parecen avenidas..."...¿Qué palo has usado allí?...".

Pero la camaradería no sólo surge del golf: el Parador Luis Vives está pensado para que se disfrute, además de con el golf, con el fútbol, con el tenis y con la natación. Tiene de todo: piscina, pistas de tenis y campo de fútbol... Como cualquier viajero imaginará, en este Parador se realizan importantes torneos, entre ellos el Circuito Europeo de la PGA.

En suma, la estancia es intensa, amistosa, y llena de anécdotas sobre las

MERCANTILES MIRADAS MEDIEVALES

En épocas medievales el centro de la vida cotidiana estaba en el Barrio de los Mercaderes. Aquel mercado primero, medio zoco, alcanzó fama en toda España y fuera de ella. Había ya entonces puestos especializados para la venta de pescados, carnes, verduras, flores, especias... Sería así con la sacrosanta sede del comercio desde y hacia todos los confines de aquellas Europas... Aquí sigue hoy, en su sitio, este otro mercado modernista para disfrute y uso de propios y viajeros.. Estas instalaciones abrieron sus puestos en 1928.

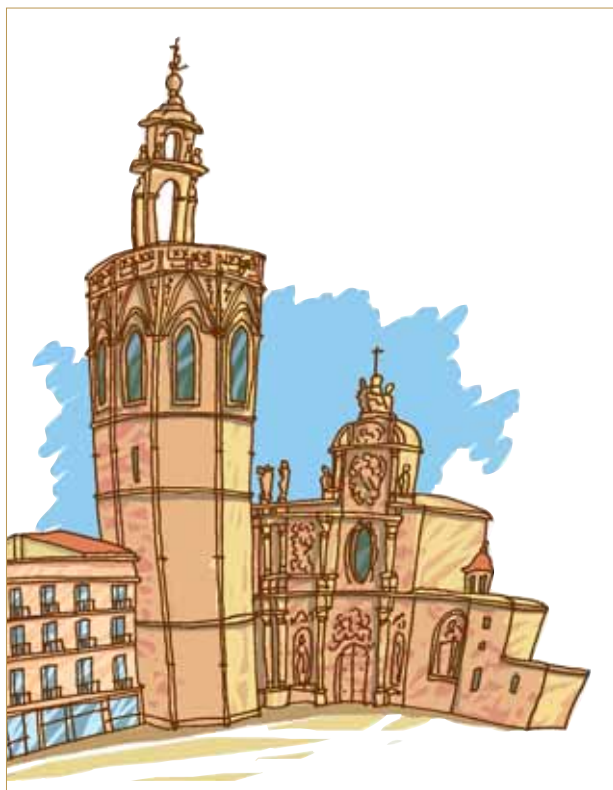
Muchos de los rincones de esta ciudad fueron escenarios de pestes y milagros. Como el del "Pañuelito" (EL "Morcadoret") que san Vicente Ferrer quiso hacer frente a la iglesia de los Juanes. O cuando el mismo santo, invitado a comer, descubrió que la piadosa ama de casa había asado la mejor carne de su despensa, que resultó ser la de su tierno hijo, como muy bien se retrata en la escena del magnífico mural embaldosado: "Aquí obró San Vicente Ferrer el prodigioso milagro de la resurrección de un niño que su madre enajenada había descuartizado y guisado en obsequio al Santo..."

El curioso visitante puede ver hoy por estos centros, que fueron lejanías, las torres de Quart y Serranos, orgullosas vigilantes de la muralla que cerraba toda la Valencia del siglo XIX: Los trasnochadores que se encontraban con las puertas cerradas eran castigados a pasar la noche "a la Luna de Valencia". A la caída de la noche, al último toque de campanas se cerraban las puertas de la amurallada ciudad. Quedaban fuera hasta el amanecer los trasnochadores y perezosos, reclinados en un banco semicircular de piedra, castigo y rito que dio en llamarse "quedarse a la Luna... de Valencia..."

Sus más dorados tiempos fueron allá por el siglo XV, cuando Fernando el Católico desarrolló una activa política monetaria que hizo de Valencia la capital financiera de la Corona de Aragón. El puerto conoció entonces una actividad febril. El valenciano gozó del privilegio de comerciar con

quien quisiera... Las relaciones con sarracenos y judíos eran habituales e imprescindibles.

Aquella Valencia estaba gobernada por manos comerciantes y artesanas. La agricultura alcanzó un auge insospechado. Y la industrialización del cultivo naranjero, por audacia y gracia de un tal cura Monzó, que propició el trasplante del jugoso cítrico desde tierras murcianas en torno a 1800. El nivel de vida llegó a ser comparable o superior a cualquier nación de Europa...



Y por genial iniciativa del rey Pedro, el Ceremonioso, vino a nacer por entonces "la Generalitat". El palacio gótico-renacentista, que hoy permanece para reverente admiración del visitante se construyó como centro de gestión tributaria tan generalizadora que no habría ninguna excepción: ni aunque del rey se tratase.

Además de en lo económico, éste sería el Siglo de Oro de las Letras: con los versos de Ausias March; la novela caballeresca de Joanot Martorell, autor de Tirant lo Blanc; o los Autos Sacramentales de Juan de Timoneda. La actividad cultural fue de tal importancia que por ello se instalarían en Valencia las primeras

prensas de imprenta, tan sólo diez y siete años más tarde de la del mismísimo Gutemberg.

Con la llegada de Carlos V el reino conocería tiempos peores: revueltas y persecuciones arrojadas en aventuras imposibles: Las "Germanías" que, a instancias del Emperador, organizaron a los gremios para su defensa frente a la nobleza. Se convertiría en terrible pesadilla. Poco después, la expulsión de los moriscos por real gana de Felipe III hizo que la población se viera gravemente diezmada. Y desde entonces, a partir del siglo XVIII, se entornan las viejas luces. Con la Guerra de Secesión pierde Valencia su reino.

Llega el siglo XX con aires modernistas y alientos republicanos: de Blasco Ibáñez y otros muchos. Y la dictadura de Primo de Rivera. La guerra, Franco y, otra vez, la Generalitat y una democracia nueva. La Plaza del Ayuntamiento se ha colgado del tranvía en busca de la playa de la Malvarrosa: Valencia empieza otra vez.

CIUDAD DE ARTES Y CIENCIAS

No hay más que verlas; aunque sí conocerlas algo; son las gentes valencianas desde luego, fenicias; pero también, por poco romanizadas: Tal vez más árabes que otra cosa. Es decir, creativas por demás: *“...son estos pueblos casi casi como campos de secano, pero también de trombas y rieras...”* capaces de sobresaltar con insospechadas y graves riadas. Ya lo sabrá el forastero: estas Valencias son invadidas con frecuentes y sobrecogedoras inundaciones; por culpa del clima. Pero, también gracias al clima todos estos campos están preñados de unas sorprendentes fertilidades. Y no sólo con los cítricos; ni las huertas...; ni siquiera las playas o las gastronomías...

Por estas costas generosas abundan costumbres y tradiciones propias, tal vez algunas apropiadas: Como los artificios de las pólvoras, tal vez originarios de aquellas Chinas milenarias. Y otras costumbres, también de incógnitos orígenes, como la culinaria del arroz... Y gustos, artes, artesanías arribadas a estos puertos por estos mares que descargaban hasta estas costas apretadas costales de arroces y otras muchas especies y recetas de aquellas principiantes gastronomías. Pero también de técnicas agrarias y de músicas y versos.

Amanecerían, a no mucho tardar, tiempos placenteros, casi enamoradizos: Estos reinos valencianos saben ser moros sin dejar de ser cristianos... Pasados y llovidos los siglos, sufriría Valencia y todos estos levantes próximos, otra inesperada invasión: Los sublevados ejércitos franquistas acorralaron, también en este puerto a numerosísimos paisanos republicanos que hubieron de huir de los sublevados militares franquistas...

Por todo ello y, tal vez, por otras circunstancias, desde mediado el pasado siglo, estas gentes y tierras valencianas sufrieron gravísimas condenas y muy prolongadas persecuciones y olvidos.

Con el pasar de los tiempos, y la leve cicatrización de las heridas esta ciudad y estas geografías han logrado, lenta pero inexorablemente, recuperar y aún reafirmar sus señas de identidad. Sin prisas, pero también sin pausas, la ciudad logró, no sin esfuerzo, descabalgarse la estatua del Caudillo Franco de su llamada *“Plaza del Caudillo”*.

Guarde parte de su tiempo para pasear la ciudad. Haga pie en la Catedral y sus alrededores. Disfrute de la Plaza de la Virgen; de los juicios milenarios del Tribunal de las Aguas. Vuelva por la Lonja, asómese al palacio del Marqués de Dos Aguas. Regatee en el mercadillo de la plaza Redonda. Concédase un recreo en el Museo de Bellas Artes y no olvide acercarse al IVAM que siempre enseña las mejores colecciones de arte contemporáneo. Y, por último, guarde unas horas, para visitar la moderna Ciudad de la Ciencia, nuevo orgullo de Valencia.

Y así estas gentes han obrado un milagro inesperado: Domesticar el indómito cauce del Turia. Sus tremendos desbordamientos tuvieron la culpa; pero fueron la inexcusable y finalmente afortunada disculpa: Era el año 1977, cuando el Turia se desbordó con tal violencia que arrasó con las tres cuartas partes de la ciudad. La sabia decisión de aquellas autoridades hizo desviar el cauce de las furiosas aguas... El cauce, ya seco, resultó ser un privilegiado espacio para romper y abrir las barreras de estos sorprendentes Mediterráneos.

Con el llamado *“Plan Sur”* se logró desviar el lecho los suficientes kilómetros para alejarlo del centro urbano. El viejo lecho se convirtió, en parte, en un hermoso jardín, gracias a las brillantes concepciones de un equipo de arquitectos y urbanistas liderados por Ricardo Bofill.

Casi finalmente, decidirían los últimos demócratas y valencianistas gobiernos poner en punto y hora al reloj de los actuales tiempos: Había que reconvertir Valencia en un núcleo cultural –además de turístico– dotado con renovados atractivos capaces de competir con cualquiera de las propuestas culturales. Y así ha sido finalmente.

La Ciudad de las Artes y las Ciencias es un generoso y espectacular espacio abierto de excelentes diseños y avanzadas propuestas para la cultura, el ocio y la divulgación científica. Enseña trazas de atrevidos futurismos que envuelven, pero abrazan, cuatro singulares edificaciones: El Museo de las Ciencias Príncipe Felipe, L’Hemisféric, el Palau de Les Arts, L’Oceanografic y L’Umbracle, sorprendentes paseos en compañía de escultores más que interesantes. El conjunto es promoción íntegra de la Generalitat y concepción mayoritariamente debida a Santiago Calatrava.

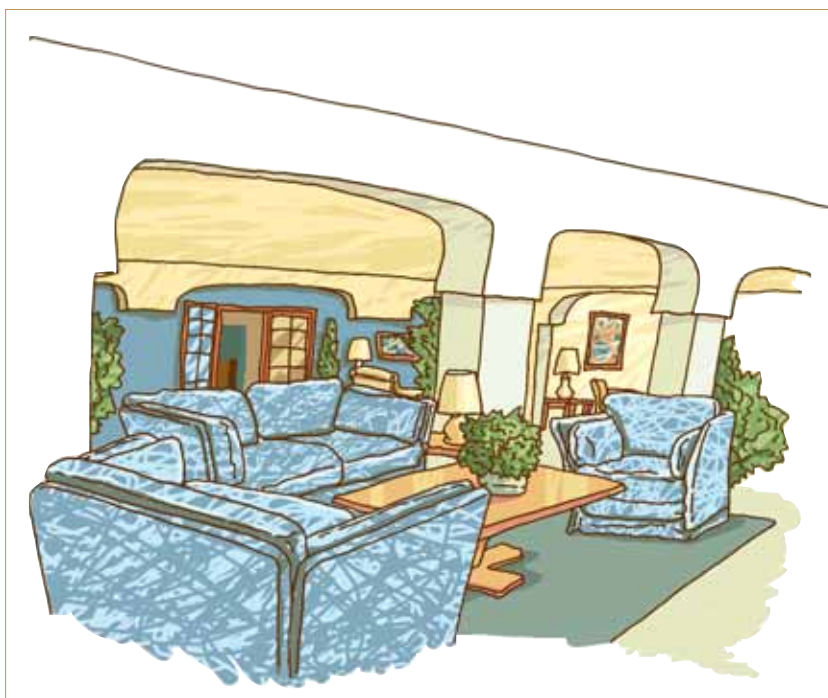
Félix Candela, magistral padrino de L’Oceanografic, ha logrado dignificar unos contornos prolongadamente degradados: Valencia se abre a sus Mediterráneos.

De acuerdo a generalizadas opiniones, el Palau de Les Arts es el conjunto más aventurado de Santiago Calatrava. Nació con vocación de catedral musical para acoger y difundir representaciones de ópera, teatro y danza. El visitante se sentirá sumergido en un escenario mariner; tal es su semejanza a un moderno navío..



L' Hemisferic es de difícil descripción: Presenta el aspecto de una especie de cascarón emergente de una inmensa laguna, de cerca de veinticinco mil metros cuadrados, vigilado por una especie de ojo humano y protector; en realidad una sala de proyecciones con pantalla cóncava de casi un millar de metros cuadrados: Muestra sorprendentes representaciones de paisajes astronómicos del Universo. Es un espectáculo de sobrecogedora belleza.

Pero la gran enseña de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, es el Museo de las Ciencias Príncipe Felipe. Su vocación es ambiciosa por demás: mostrar y esclarecer los secretos de la ciencia, con particular énfasis de la biología y, más concretamente, de las últimas investigaciones genéticas. El recinto es arte, artesanía y sabiduría, otra vez, del maestro Calatrava; los espectadores se quedan inevitable y agradablemente perplejos.



Justo frente al Museo de las Ciencias aparece un gran espacio: L' Umbracle, conocido como Paseo de las Esculturas; que acoge a dos figuras azules. Está, con diseños también de Calatrava, a base de hormigones blancos y juegos con materiales cerámicos troceados. El recinto, solado con

tablones de madera, es, en realidad, un generoso aparcamiento: Nadie lo diría.

L'Oceanografic es plato contundente, debido al genio, ingenio y figura de Félix Candela. El propósito es ofrecer al estupefacto visitante una travesía por los más recónditos interioridades de mares y océanos: lagos, lagunas; islas, costas... Todo ello es una espectacular y didáctica lección esparcida sobre una superficie de unos ochenta mil metros cuadrados que albergan sabiduría y ordenadamente unos diez mil animales de medio millar de especies: tiburones, delfines, arrecifes de coral, leones marinos, focas, morsas, besugos, cangrejos gigantes. El conjunto es, hoy por hoy, el mayor parque marino de Europa. Sorprendente delicia que inevitablemente,

exige la curiosidad de todo tipo de visitantes.

En suma, La Ciudad de las Artes y las Ciencias cambiará la fisonomía del urbanismo valenciano y multiplicará cualitativamente las afluencias turísticas. Fenómeno que ya se detecta hoy fácilmente.

DELICIAS GASTRONÓMICAS

Tal vez interese mejor al visitante hacer ejercicio de continencia, con inicial tanteo, en torno a los mejillones, pechinas, calamares o sepias antes de embarcarse en algunos de los arroces. Sin olvidar que en este Parador la paella es protagonista.

Pase y repase la carta en busca de los mil arroces y, por descontado, la **"Fideuá"**: suelen ser compañeros de mesa con exclusividades como el **"All i Pebre"** o el **"Suquet de Peix"**, el **"Figatell"**, el pimiento y tomate, y tantas **Ensaladas** como en Valencia se puedan elegir.

O **Sopas**: de **Mariscos**, de **Pescados** y de cualquiera otras cosas que el comensal decida. Entretanto, siempre están los **Pimientos Rellenos**, la **"Olla Churra"**, el **"Esgarret"** y platos siempre sorprendentes de bacalao, aderezados con pimientos sobre todo. Para rematar una buena comida con vocación valenciana, pida de postre un **"Armadi"** o tal vez **"Orelletes"** o **"Fartons"**. O, déjese aconsejar por los que más saben.

No renuncie el comensal en bucear por guisos ancestrales, pero todavía persistentes y golosos: como las ollas y pucheros populares. Tal vez encuentre la ocasión de probar el **"Blat"**, **"Picat"**, que resulta ser guiso de trigo picado en mortero, para después cocido en gustosa compañía de hortalizas de temporada y diversas carnes casi siempre del cerdo derivadas: con morros, orejas, manos, tocinos y morcillas y otras sabrosas menudencias.

Las **Ollas** formaban parte imperecedera de estas mesas: Son guisos, casi hortelanos a base de cardos, berzas, nabos, patatas... ilustrados por productos del cerdo. Y con frecuencia, casi necesaria, con otras legumbres; que pueden ser garbanzos o judías secas. Y si el viajero disfrutara de la disposición y el tiempo preciso, no sería mala decisión acercarse a algunas próximas comarcas que muestran y ofrecen peculiares culturas gastronómicas a la vez que artísticas y culturales: Como en Morella, donde abunda una excelente **"Olla Recapte"**, redondeada por las **"Cecinas"**, o **"Tasajos"**; o la llamada **"Olla Plana"**. Y la **"Olla Churra"**, guiso con imprescindibles compañías de embutidos, pacientemente conservados en aceite de oliva.

Pero estas geografías guardan aún notables sorpresas. Cada comarca y, casi, cada localidad diseña y ofrece muy singulares variantes de guisos y platos sólo aparentemente comunes...

LAS RECETAS SECRETAS

Estos paisajes están virtuosamente contaminados en el sabio condimento del **Arroz**: arroz a pelo y pluma; arroces humildes sólo en apariencia pero de sabores difícilmente reconocibles: para ello estas cocinas valencianas guardan sabias mixturas: como el arroz en forma de **Paella**, plato de aparente simplísima elaboración, pero de muy comprometidos resultados.

O como el **"Arroz a Banda"**, de aparentemente humilde complejidad

(por la falta de compañías en forma de tropiezos)... O el exquisito **Arroz Negro**, en apariencia sólo acompañado de la tinta del calamar...

Y los cientos de arroces y paellas que el forastero degustará además de docenas de platos ofrecidos por casi todos estos contornos:



Mejillones que se ofrecen en restaurantes y en las barras de casi todos los bares... Profusión de **Tortillas** infrecuentes en casi toda la geografía peninsular a base de verduras. **Postres** –además de los afamados helados valencianos– con frutas siempre en su justa sazón... Y los dulces más golosos de árabes recetas de todos estos Mediterráneos...

EXCURSIONES O INCURSIONES

■ Cullera, Gandía y Xàtiva

Los visitantes que viven habitualmente lejos del mar no osarán perderse la oportunidad de disfrutar de un buen baño en esas transparentes aguas del Mediterráneo; ni podrán prescindir de algún paseo por alguna de las extensas playas. Desde El Saler es bien sencillo: Cullera, Gandía o Xàtiva están bien cerca: en todas podrá disfrutar del sol mediterráneo que broncea como ningún otro.

Gandía es la capital de la comarca de **Safory**: la villa conserva restos de antiguos esplendores; algunas torres de la muralla, la **iglesia de Santa María de la Colegiata**, el **Palacio Ducal**... **Xàtiva** aún hoy presume, orgullosa, de la resistencia de los valencianos contra Felipe V. Y orgullosa de sus hijos ilustres: escritores, pintores y, dentro de la jerarquía eclesiástica, de cardenales y hasta un Papa. También conserva muestras del paso de la Historia: Un **Museo Municipal**, **l'Almodí**; importantes piezas de orfebrería, algunas casonas tradicionales en la **calle de Montcada**, la **ermita de Sant Feliú** y los **conventos de Sant Agustí** y de **Santo Domingo**. El monte Vernissa lo preside el castillo.

Por cualquiera de estas playas abundan "chiringuitos" que ofrecen "exquisiteces" de la región; según la época del año habrá que armarse de paciencia porque pueden estar excesivamente solicitados. Merece la pena esperar por un "Cruet de Peixe", por un Arroz con Costra, o un "All i Pebre" o la excelente "Fideua", que puede competir, sin dificultad, con cualquier arroz. Y una profusión de heladerías: los helados valencianos son excelentes. Y la horchata, buen remedio para los soles mediterráneos.

■ La Codiciada Sagunto

Siempre fueron estas costas causa de avaricias y veneración de nobles guerreros, golosos comerciantes, corsarios perversos e ilustres viajeros. Oigamos lo que viera la pluma de Hans Christian Andersen cuando navegando arribaría a estas costas en días invernales de 1862:

"...el viento comenzó a amainar y el mar se tranquilizó; era fascinante escudriñar las oscuras profundidades del agua, donde brillantes peces refulgían como piedras preciosas o zigzagueantes lenguas de fuego... las lejanas olas ribeteadas de espuma se asemejaban a prolongados edificios blancos que emergían y se sumergían en el mar... una serie de relucientes casas blancas en la costa anunciaron que el barco nos acercaba a una ciudad: era la romana Sagunto, a un lado de la montaña. De sus corpulentos muros, de sus torres y anfiteatros no quedan ya más que ruinas cubiertas de matorrales y chumberas..."

Todavía es hoy Sagunto un pueblo, más que una ciudad. Se supone que su población no rondará mucho más allá de los 80.000 habitantes pero conserva y respeta no pocos atractivos con una docena de kilómetros de playas bien poco conocidas, con unas espaldas bien protegidas por la sierra Calderona del Espadán.



Finalmente resulta hoy ser Sagunto capital de la comarca que arropa todos los campos de Estivella a Carlet. Son estas tierras más que fértiles, ubérrimas: por y para ello están regadas por el río Palancia de caudal insospechado, caprichoso y, de cuando en cuando, traicionero; pero siempre inevitable y fertilizador.

Los más juran que Sagunto ya gozaba de pueblos cultos y cultivadores hace más de cinco mil años (como en el siglo III: antes de Cristo). Llamamos a estas gentes "edetanos" aunque, bien pronto, llegarían a estas costas navegantes griegos

en busca de las riquezas que de todo tipo por aquí abundaban: minerías, pescados... y tantos y tantos atractivos misterios que encerraban las columnas de Hércules, por entonces el fin del mundo, plano como se decidió por muchos siglos.

Por parecidas razones, casi todas de codicia, llegarían enseguida los cartagineses también ambiciosos de estas ricas y próximas costas, con aparente y razonable sabiduría. Sagunto pació con los pueblos y culturas romanas; pero el africano inteligente y astuto invasor, Aníbal, acorraló con sitio a la ciudad...: Hasta casi un año resistió esta gente el asedio: sin alimentos; con escasez de agua... con innumerables carencias y

penosidades... Finalmente los saguntinos, a más de claudicar sus orgullos, se vieron convertidos en esclavos.

De cualquier manera, Sagunto todavía presume hoy de sus antiguas gestas y jamás olvidados esplendores. Quedan todavía por estos contornos muestras del castillo con restos de murallas que se extienden casi un kilómetro; es el lugar donde se hallaba emplazada la Saguntum romana. Fue declarada Monumento Nacional en 1931. Desde la cima se contempla el próximo mar Mediterráneo.

El **teatro romano**, construido en el siglo I, que impartiera funciones, espectáculos y culturas, es un escenario capaz para cerca de ocho o nueve mil espectadores. Conviene destacar su magnífica acústica gracias a la concavidad de la montaña. Hoy el visitante se encontrará una obra de acondicionamiento del teatro que ha conseguido adaptarlo a las



necesidades de los tiempos actuales.

Muy cerca puede acercarse al del **Calvario**, construido a mediados del XIX. Es el escenario donde cada Viernes Santo tiene lugar la **Pasión y Muerte de Cristo**.

Otra encantadora reliquia de Sagunto es **La Judería**. Menos antiguos, pero no menos interesantes son la **iglesia del Salvador**, de tiempos de Jaime I, un ejemplo muy poco frecuente del "gótico de conquista", donde los rasgos románicos se conservan. Y la de **Santa María**, más moderna que la anterior: se alza en la **Plaza Mayor** porticada; es Monumento Nacional y magnífica combinación de gótico y barroco: su construcción se inició en 1334. Muy junto, adosado a Santa María, llama la atención un muro de megalitos de alrededor de 15 metros de altura.



PARADOR DE EL SALER Luis Vives

Avda. de los Pinares, 151. 46012 El Saler (Valencia)
Tel.: 96 161 11 86 - Fax: 96 162 70 16
e-mail: saler@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es

wap.parador.es/wap/

Textos: Miguel García Sánchez Dibujos: Fernando Aznar